

LECTURA

campos de concentración, a diferencia de los refugiados políticos españoles de las décadas de 1810, 1820 y 1830, que pudieron optar entre el confinamiento en depósitos o la libre residencia más o menos vigilada, si es que poseían recursos de subsistencia (p. 343)–, «las tribulaciones, miserias e ilusiones inseparables de toda inmigración» (p. 375), la acogida dispensada por los países receptores, la dureza del exilio sobre todo en los primeros años, así como «la imposible reconstrucción de la emigración intelectual de la Guerra Civil en toda su grandeza y trascendencia» (pese a la pormenorizada huella de figuras señeras que tenazmente el autor va constatando en los últimos capítulos del volumen), remiten a un vasto trabajo de interpretación y recopilación realizado, pero también a otros por realizar, pues como apunta Juan B. Vilar, pese a las numerosas publicaciones generadas en torno a las emigraciones políticas, «permanecen amplias zonas en oscuridad en tanto otras continúan desfiguradas» (p. 340).

Concretamente, y para el caso del exilio republicano en México y en los restantes países latinoamericanos, las especialistas Dolores Plá y Clara Lida han llamado la atención, en sus últimas contribuciones, sobre lo perentorio de conocer la obra realizada por la gran mayoría de los emigrantes forzosos, en concreto su particular proceso de migración e inserción en los países receptores, línea de investigación en la que la historia social está llamada, muy posiblemente, en los próximos años, a liderar la historiografía del exilio; al tiempo que, desde la historia política, y ligado precisamente al fenómeno de la recepción, se requiere abundar en la política oficial desplegada por los países de acogida, como reivindicó Abdón Mateos en el análisis titulado *De la Guerra Civil al exilio. Los republicanos españoles y México* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2005). Quedan por tanto, todavía, muchas páginas por escribir sobre los exiliados españoles, de todos aquellos que, en los dos últimos siglos, se vieron obligados,

parafraseando una frase de Juan B. Vilar, a «deambular por el desierto de las naciones su sino».

Carmen González Martínez

Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS

¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)

Madrid, Marcial Pons, 2006, 477 pp.

ISBN 84-96467-37-6

Profesor en la Universidad de Santiago de Compostela y doctor en Historia por el Instituto Universitario Europeo de Florencia, Xosé Manoel Núñez Seixas es un reconocido especialista en nacionalismos e identidades colectivas en España y Europa en época contemporánea. Hasta ahora había abordado el tema en libros de síntesis como *Movimientos nacionalistas en la Europa del siglo XX* (1998), *Los nacionalismos en la España contemporánea, siglos XIX-XX* (1999), o *Entre Ginebra y Berlín: la cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa: 1914-1939* (2001). O bien en libros específicos sobre el nacionalismo gallego y su identidad en la emigración americana, como *La inmigración gallega en la Argentina* (2001) y *O inmigrante imaxinario. Estereotipos, representacións e identidades dos galegos na Arxentina, 1860-1940* (2002).

Pero no hay que olvidar que gran parte de la producción de Núñez Seixas se encuentra en forma de (numerosos) artículos en revistas especializadas españolas y extranjeras, o en capítulos de libros colectivos, entre los cuales aprovecho para aconsejar algunos recientes sobre el discurso nacionalista y regionalista español ya en democracia: “Patriotas y demócratas”: *sobre el discurso nacionalista español después de Franco (1975-1979)*, en *Gerónimo de Uztariz*, 20 (2004); «Sobre la memoria histórica reciente y el discurso patriótico español del siglo XX», en *Historia del Presente*, 3 (2004), o «De la región a la nacionalidad: los neo-regionalismos en La

España de la Transición y la consolidación democrática», en R. Rein, A. Gurrutxaga, C. H. Waisman (coords.), *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina* (2005). También del libro aquí comentado habíamos saboreado ya algunos gustosos aperitivos en forma de *papers* (seminarios del CEPC) o artículos (revista *Ayer*), y el resultado final no ha defraudado. Sin duda es uno de los mejores productos de la más que desigual cosecha del 70 aniversario de la Guerra Civil, aunque apareciera ya prácticamente acabado el año en el seno de la prestigiosa colección de Historia de la editorial Marcial Pons.

La excelente introducción marca clara y concisamente los términos en que se desarrolla la tesis del libro: la complejidad —el autor usa la imagen del calidoscopio, con figuras dinámicas entrelazadas a su vez mediante nexos también cambiantes— de una guerra en la que todas las partes implicadas apelan al nacionalismo como fuente de legitimación y, sobre todo, de movilización del pueblo en armas. En eso la española no se distingue de otras guerras nacionales contemporáneas. Pero si las guerras «patrióticas» son, como ya sabemos, acontecimientos fundamentales e incluso fundacionales en la construcción de las naciones modernas, una guerra «civil» divide en lugar de unir, más aún cuando el enemigo es presentado como «invasor», «antiespañol» o, en el mejor de los casos, «traidor» de lesa patria. De hecho, ese discurso de exclusión es el tema central del libro, ya desde su mismo título.

Como señala el autor, la Segunda República constituyó un intenso momento de movilización y nacionalización de las masas, pero la guerra contribuyó decisivamente a ese proceso, «creó imágenes del enemigo y, por tanto, también imágenes y representaciones de España (o Euskadi, Cataluña o Galicia)» que iban a permanecer después de 1939 en el lenguaje político de todos los contendientes, en los rituales públicos de los vencedores o en la memoria privada de los perdedores. Y las

consecuencias políticas de todo ello por fuerza tenían que ser duraderas, primero porque el régimen franquista se alimentó durante años y a su vez alimentó hasta el final el discurso de la guerra, de la victoria y de la nación (al mismo tiempo que fomentaba, como ha estudiado el propio Núñez Seixas, un neorregionalismo inocuo, pretendida vacuna contra «males» mayores). Segundo, porque durante la Transición se renunció a llevar a cabo desde el poder algún tipo de política de la memoria, algo que, en palabras del autor, «ha constituido un impedimento constante para llevar a cabo una completa relegitimación democrática del discurso patriótico o nacionalista español después de la muerte de Franco», una hipótesis razonable pero no necesariamente cierta, como demuestra la profunda crisis del antifascismo italiano. Lo que parece indudable es que la guerra y su prolongación política, la dictadura franquista —que nunca aceptó integrar a los derrotados, como pretendieron algunos, a diferencia de otras situaciones históricas, por ejemplo la Guerra de Secesión norteamericana—, han propiciado la coexistencia de discursos nacionales asimétricos y en ocasiones excluyentes.

El cuerpo del libro es una documentación exhaustiva de ese discurso sobre la nación por parte de los distintos contendientes en lucha. Precisamente en esa exhaustividad está la virtud y el posible defecto de esta obra, pues ofrece una cantidad y riqueza de testimonios escritos que la harán imprescindible para los especialistas del periodo, pero quizás resulta reiterativa y excesivamente larga para otros lectores. También por eso mismo el interés es inversamente proporcional a la cantidad de testimonios ya disponibles de ese discurso sobre la propia identidad y sobre el «otro», el enemigo: menor para el nacionalismo en el bando insurgente, sobre el que podemos encontrar muestras hasta la saciedad, sobre todo en su interpretación religiosa; y superior para el bando republicano, desde Azaña hasta Negrín, pasando por el socialismo, el comunismo

LECTURA

o el anarquismo, un aspecto ya conocido, pero muy bien documentado en estas páginas.

Creo que más interesante y novedoso resulta el análisis del nacionalismo movilizador en el caso de «las periferias invadidas por España», es decir, los nacionalismos gallego, vasco y catalán. Sobre todo en las relevantes diferencias, y no sólo de grado, entre la «lealtad» de los nacionalistas catalanes y de los nacionalistas vascos, en particular del PNV, a la causa de la República y con ella de España. Si la guerra reforzó para unos sus vínculos discursivos o emocionales con España, en la defensa común de sus libertades, para los otros tuvo el efecto contrario, el de ahondar su extrañamiento respecto a cualquier comunidad de valores o intereses. Y no deja de ser lógico que la memoria de la guerra haya tenido un efecto semejante incluso después de la dictadura, como ha señalado Paloma Aguilar, alimentando en Euskadi más la hostilidad que la reconciliación, al revés de lo que supuestamente habría ocurrido en el resto del país.

Ese término, «lealtad», y, sobre todo, su antónimo «deslealtad», se usó entonces como ahora para expresar la irritada incompreensión del centro, del Estado español y sus representantes, hacia las reivindicaciones de los nacionalismos periféricos cuando éstas se anteponían a los «intereses nacionales», fueran éstos la lucha contra el fascismo o el éxito de la transición a la democracia. Trabajos como el de Núñez Seixas ayudan, que no es poco, a situar históricamente y políticamente éste y otros conceptos más allá de los discursos esencialistas hoy de nuevo tan en boga, los que sólo contemplan fidelidades inquebrantables o traiciones a la propia estirpe.

Javier Muñoz Soro